

## Un tiempo africano

*Nelson Gustavo Specchia \**

---

ENTREGAMOS este número 19 de nuestra revista *Studia Politicæ* a caballo entre el año académico 2010 y 2011. Y este nuevo tiempo será crítico, tanto para nuestra región como para la Argentina, que se apresta a vivir un año electoral en diversos distritos provinciales, y con la compulsa presidencial hacia final del período. En el plano regional, el cambio de gobierno en Brasil, con el retiro de la carismática figura del presidente Lula da Silva del centro del escenario, aporta una nueva configuración en el abanico del liderazgo sudamericano, donde la perspectiva de género —con la señora Dilma Rousseff ocupando el Ejecutivo del país vecino, y la ex presidenta chilena Michelle Bachelet asumiendo la conducción de la nueva agencia de las Naciones Unidas para la mujer— comienza a destacarse. Pero las principales alteraciones en el panorama político global sin duda llegan por estos días desde las costas africanas. La revuelta tunecina, apenas inaugurado el año; la agonía del régimen autocrático egipcio, saldada con la caída del presidente Hosni Mubarak; el “efecto contagio” hacia las movilizaciones populares en diversos países del Magreb y de Medio Oriente; y el alzamiento insurgente libio, que terminó empujando la resolución 1.973 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, y la consecuente intervención de las tropas de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (NATO) para cerrar el cielo de Libia a los bombardeos del coronel Muhammar el Kaddafi sobre la población civil y sobre las ciudades tomadas por los insurgentes, ocupan —de manera primordial— los análisis políticos de este primer trimestre de 2011.

---

\* Director de *Studia Politicæ*.



## Brasil sin Lula

En el primer día del nuevo año, el presidente de Brasil, Luiz Inácio da Silva —ya para siempre conocido con la familiar designación de *Lula*— entregó el bastón de mando a la señora Dilma Rousseff, su discípula y amiga, a quién él eligió para sucederlo. Con el traspaso de la banda verde y amarilla comenzó a cerrarse uno de los períodos más interesantes de la contemporaneidad de América latina: estos ocho años de la presidencia de un obrero metalúrgico, apenas alfabetizado, procedente de una de las regiones históricamente más pauperizadas —la zona rural de Caetés, en el Nordeste— y de los estratos sociales más bajos de su país, acreditando experiencia laboral en un torno fabril y en las luchas gremiales de la izquierda clasista, que se formó a sí mismo como una figura política, se escolarizó en el aprendizaje de múltiples y sucesivas derrotas electorales, logró amoldar y atemperar el discurso ideológico radical hasta hacerlo atractivo (no sólo para la militancia activa, sino también para los grandes colectivos), y puso sobre el escenario su encanto de orador llano que habla al pueblo en su mismo lenguaje.

Lula dejó el Palacio del Planalto, se fue el hombre que transformó esa biografía suya, tan alejada de las tradicionales figuras que han ocupado los primeros lugares del poder en nuestras tierras, en un carisma a prueba de balas, que le permitió conectar permanentemente con el electorado y afrontar las iniciativas políticas más osadas, sabiendo que el respaldo popular lo sostenía.

En estos ocho años Lula utilizó todo el capital político acumulado durante ese crecimiento personal, en volcarlo en la transformación de Brasil. Y lo logró. Un sólo dato, entre la maraña de cifras que se han utilizado para evaluar su gestión: en el lapso de sus dos períodos presidenciales logró sacar de la pobreza a unos cuarenta millones de hombres y mujeres, que vivían por debajo de esa línea imaginaria que marca el borde de la vida digna en una sociedad. Cuarenta millones, una cantidad equivalente a toda la población argentina. Una tarea inmensa lograda merced a iniciativas arriesgadas, de las que el presidente ha salido, una y otra vez, fortalecido. Al punto tal que deja el poder con un índice de aprobación popular que supera el ochenta por ciento, una aceptación multitudinaria que, si hubiese estado en su ánimo, le hubiera permitido permanecer en el poder.

Pero aquí afloró otro rasgo personal del líder, producto de aquel aprendizaje hecho en la calle: Lula nunca ha utilizado su inmensa cuota de poder en provecho propio. Parece increíble, mirando alrededor los ejemplos en sentido contrario. Pero en la actual relación de fuerzas, al presidente le hubiera sido relativamente simple proponer una reforma constitucional que lo



habilitara para un tercer mandato consecutivo, una re-reelección, como las que estuvieron (y están aún) de moda en Latinoamérica. Sin embargo, Da Silva cortó ese rumor desde el primer momento, y fue consecuente con su palabra. Terminados los dos períodos, se volvería a su casa, no forzaría la legalidad constitucional y permitiría la normal renovación de la conducción gubernamental.

En esos días de enero, días de despedidas, saludando a los periodistas acreditados en Brasilia, inclusive reveló algunas intimidades que permiten comprobar la honestidad de su decisión de abandonar (aunque quizá sólo momentáneamente) el poder. Tampoco es que me interesen los beneficios personales del cargo, vino a decirles Lula a los corresponsales, ni el avión presidencial ni la piscina del palacio: a la pileta casi no me metí nunca, y el avión me marea. Y otro detalle que completa esta postal: en todos estos años, reveló Lula, no me he reunido con mis amigos, ni los he invitado a comer a la residencia oficial, porque no quería alentar celos y envidias; volver al llano será también recuperar las cervezas y las cenas compartidas con los amigos de siempre, por las noches, hasta que nos den las tantas...

El éxito de Lula en la gestión gubernamental ha tenido dos grandes capítulos: la reubicación de la presencia y de la palabra brasilera en el plano exterior; y las políticas públicas de justicia distributiva, equidad e inclusión social en el orden interno.

En el plano global, Da Silva logró capitalizar el peso específico de su país para encabezar las iniciativas regionales, especialmente la Unasur, y para proyectar el protagonismo de Brasilia en algunas zonas calientes —Irán, Turquía, Medio Oriente, Siria, África—; en los acuerdos de grupo con los otros emergentes (como el BRIC, con Rusia, India y China, y el IBSA, con India y Sudáfrica); y un rol creciente en las instancias multilaterales, como el Grupo de los Veinte (G-20) y la recurrente aspiración de ingreso permanente al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Pero este crecimiento en el rol de jugador de las primeras ligas mundiales estuvo asentado, permanentemente, en la estrategia de alcanzar una ordenación en la política interna que justificara aquel mayor protagonismo global. Y la misma línea de pensamiento estuvo aplicada a los grandes temas de la defensa (como la adquisición de armamento nuclear con tecnología francesa); como a los más domésticos de afianzar la imagen de Brasil en el concierto de naciones (como esos grandes escaparates que son los juegos olímpicos, a celebrarse en Río de Janeiro en 2016, o los mundiales de fútbol, en 2014).

Por estas razones —que podríamos llamar “de Estado”— como por auténtica vocación popular, democrática y progresista, Luiz Inácio da Silva



orientó las direcciones de su gobierno a la aplicación novedosa de políticas inclusivas y de ampliación agresiva del mercado interior, con el complemento de una permanente evaluación y monitoreo, que ha transformado la experiencia brasileña en una referencia mundial de estudio en las facultades de ciencias políticas y sociales.

No es caprichoso caracterizar de osadas las iniciativas de transformación implementadas durante los dos períodos presidenciales de Lula, si se tienen en cuenta las condiciones estructurales del país al momento de su acceso al poder, y el tamaño de la sociedad brasileira. Según el censo general de 2010, la población del país vecino alcanza a 190,7 millones de personas. Este gigante demográfico y geográfico fue fortalecido durante estos ocho años en su modelo federativo y descentralizado, con diferentes niveles de gestión autónoma en los estados federados (provincias) y municipios. Por ello deben ser osadas, necesariamente, las políticas que intenten lograr transformaciones sustanciales en un país con una de las mayores estructuras de gestión pública del mundo.

Lula se imaginó una estrategia centrada en la fuerte presencia del Estado Federal, y ordenó la planificación de la prestación de los servicios públicos, que tendrían la función de incluir en el sistema a los grandes colectivos pauperizados, desde la esfera pública nacional. Así, hoy todos los niveles gubernamentales (federal, estadual y municipal) están comprometidos en la prestación de servicios sociales, con un cercano monitoreo sobre su efectividad, alcance y calidad.

Junto a la extensión en la prestación de servicios hasta las regiones y los colectivos más lejanos, el rol del Estado también ha sido muy fuerte en el impulso a las políticas de soporte a la industria básica y a las manufacturas. Esta promoción industrial y productiva estuvo, además, cruzada con las diferentes herramientas para apuntalar el aliciente al consumo interno.

La conjunción de estrategias de asistencia primaria a las necesidades crónicas de los estratos más pauperizados, que progresivamente van dejando lugar a planes de incorporación al mercado productivo formal, y una participación activa del sector público en el crecimiento del producto interno, han sido acompañadas con el monitoreo permanente y transparente de resultados, de forma de contar en todo momento con indicadores fiables para ajustar esas mismas políticas y acciones públicas.

Lo que acabo de reseñar, y que quizá se denomine “modelo brasileiro” dentro de algún tiempo, constituye el legado político de Luiz Inácio da Silva: rol activo del sector público en la esfera económica (productiva y financiera); prioridad en la atención social; transparencia y honestidad gubernamental; apoyo oficial al crecimiento del mercado interno; búsqueda de la



equidad y de la inclusión de los más pobres; liderazgo en la integración regional; protagonismo heterodoxo en el plano global.

En Foz do Iguazú, a mediados del mes de diciembre de 2010, en la 40° cumbre del Mercosur, Luiz Inácio da Silva se despidió de sus colegas presidentes del Cono Sur de América, en lo que era también su despedida de los escenarios internacionales. En Foz traspasó la conducción pro t mpore de la organización regional (cuyo resurgimiento tanto le debe a él y al ex presidente argentino Néstor Kirchner) al presidente paraguayo Fernando Lugo. Todos tuvieron palabras de elogio y agradecimiento para Lula, a quien el uruguayo Pepe Mujica consideró nuestro “embajador plenipotenciario en el concierto del mundo”.

Después de estas despedidas y estos adjetivos, nos queda la pregunta de cómo tomar  la sociedad política la ausencia de Lula en el palacio del Planalto a partir de este año, una ausencia gigante, “o mais grande do mundo”, como casi todo en Brasil.

### **Resurrecciones peruanas**

Mientras Lula se despide, en la otra costa sudamericana comienzan a visualizarse retornos significativos.

En Lima, una sutil y vaporosa capa de niebla cubre casi siempre la ciudad durante las mañanas, con una mezcla de salado aire marino y corrientes frescas que bajan de la sierra. Sin embargo Ramón, el chofer que mis anfitriones de la universidad Ruiz de Montoya han enviado a buscarme al aeropuerto, no habla del tiempo limeño, y aprovecha el largo camino hasta el hotel, en la barriada de Miraflores, para darme una completa lección de política peruana. Cuando llevamos casi una hora en el denso tr fico, Ramón arriesga una afirmación que luego, con otras palabras, también encontrará en las opiniones de los colegas, en la reunión universitaria a la que me han invitado. “En la política peruana”, afirma mi chofer, “nadie se termina de morir del todo. Se van con el rabo entre las piernas, pero al tiempo est n tocando de nuevo las puertas de la presidencia.”

Esa percepción popular que escuch  apenas descendido del avión que me había llevado hasta Lima, parece constatarse en estos tiempos finales de la gestión de Alan García: quienes se acomodan para disputar el espacio político en las elecciones de abril próximo, son todas figuritas repetidas en la historia reciente del Perú.

Además, la campaña electoral ha entrado en una fase de incertidumbre. En nuestro tiempo, ya es central el lugar que ocupan las mediciones de opi-



nión ante la cercanía de cualquier acto comicial. Pero en las elecciones peruanas esta herramienta de testeo del clima político verá menguada su capacidad. La autoridad con competencia electoral, el Jurado Nacional de Elecciones, ha decidido exigir a las consultoras que consignen los datos personales completos (con DNI, dirección y teléfono) de todos y cada uno de los entrevistados en sus sondeos. En una sociedad donde la sensación de seguridad personal es muy endeble, es poco probable que las encuestadoras consigan voluntarios que se atrevan a responder dejando acreditados y archivados sus datos.

Ante ello, el conocimiento previo de los nombres y de las trayectorias de los dirigentes gravitará aún más en la definición de los primeros puestos de la contienda electoral. En el último sondeo publicado antes de que comenzara a regir la nueva disposición judicial, además, las “figuritas repetidas” están fijas en la primera línea. El presidente Alan García está constitucionalmente limitado para repetir mandato (aunque no ha descartado volver en 2016); pero el ex presidente Alejandro Toledo encabeza las preferencias populares. Y Keiko Fujimori, la hija del ex presidente Alberto Fujimori (1990-2000), le sigue de cerca. En un tercer lugar, está el ex intendente de Lima, Luis Castañeda; y en cuarto lugar, el nacionalista Ollanta Humala, aliado de Evo Morales y de Hugo Chávez.

La vuelta al ruedo de Alejandro Toledo no es la primera que viene a comprobar aquel aserto de mi chofer respecto de la buena salud de los muertos políticos peruanos. El propio Alan García ya había demostrado que el palacio presidencial limeño es una tierra que da segundas oportunidades. García había dejado el poder, en la década de los noventa, con su imagen destruida tras una gestión caótica, en el borde del precipicio social debido a los ataques de la guerrilla maoísta de Sendero Luminoso, y con la economía agotada por los ensayos experimentales del presidente, que intentó seguir el guión antiimperialista teórico del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana), escrito por su maestro, Víctor Raúl Haya de la Torre.

Los peruanos colocan motes muy llamativos a sus dirigentes. A Fujimori, a pesar de su obvia ascendencia japonesa, lo llaman “el Chino”; a Toledo, “el Indio”; a Ollanta Humala, sin embargo, cuyo nombre tiene connotaciones más indígenas, como fue capitán del ejército le dicen “el Milico”. Y a Alan García, desde aquellos corcoveos erráticos de su primera presidencia, las voces populares lo han designado como “Caballo Loco”. Unas marchas y contramarchas, en todo caso, que hundieron su popularidad bajo mínimos, y que lo llevaron inclusive a salir del país durante algunos años, hasta que los ánimos se asentaran.



Sin embargo “Caballo Loco” volvió, aunque mucho más calmado y reconvertido hacia la centroderecha, la apertura económica, la ortodoxia monetaria, la disciplina fiscal y la convocatoria a la inversión extranjera. Con este nuevo guión liberal, pasó de ser un cadáver político a un rozagante candidato que se hizo con las elecciones en 2006, y volvió al palacio presidencial.

Siguiendo su ejemplo, “el Indio” Toledo vuelve en estos días a mostrar su buena salud política al encabezar las preferencias para un nuevo mandato. Y también en su caso se trata de un repunte fuerte, porque el ex presidente, tras su gestión entre 2001 y 2006, dejó el poder entre abucheos, con un índice de aceptación que apenas rozaba el 8 por ciento, y con críticas profundas desde todo el arco político peruano.

Sin embargo, la apertura liberalizante que había propuesto durante su mandato, fue la que finalmente terminó de ejecutar Alan García al sucederlo en el gobierno. Y es la que, a la postre, los peruanos parecen reconocerle. Además, durante estos últimos cinco años con el APRA en el poder, Alejandro Toledo se ubicó en un discreto segundo plano de la vida política, concentró su actividad en la faz académica, y saltó sorpresivamente al ruedo recién a finales del año pasado.

Su campaña ha sido rauda, y muy eficiente, según el resultado que las cercenadas encuestas permiten entrever. Los carteles que inundan Lima, “con Toledo, al Perú no lo para nadie”, hacen hincapié en que la actual estabilidad comenzó con él: el ritmo del crecimiento peruano fue del orden del 8,8 por ciento en el 2010, y la inflación logró controlarse en un índice inferior al 2 por ciento. En este contexto de expansión, además, la brecha de desigualdad parece haberse achicado: en las cifras del Banco Mundial, las mediciones de pobreza en Perú han disminuido del 54 al 35 por ciento en los últimos diez años (o sea, durante los gobiernos de Toledo y García).

Y como si esto fuera poco, Toledo se ha permitido, dentro de su liberalismo, asegurar que en un nuevo gobierno impulsará medidas sociales de avanzada, como la regulación del matrimonio igualitario —teniendo como referencia la experiencia de Argentina—, la despenalización del aborto, y hasta discutir en el recinto legislativo una nueva postura frente a la legalización de las drogas, siguiendo las tendencias más innovadoras en ese espinoso tema.

Alejandro Toledo parece haber logrado nuevamente el apoyo mayoritario de los peruanos. En todo caso, la candidata que le sigue, Keiko Fujimori, siempre ha dejado claro que espera llegar al poder para reivindicar la figura de su padre, sacarlo de la cárcel (donde cumple condena de 25 años por ordenar asesinatos en masa), y permitirle ser nuevamente candidato. Si



bien la política peruana se muestra como una tierra que da segundas oportunidades, algunas quizá no sean del todo deseables, especialmente si implican un claro retroceso democrático.

### **Túnez, incógnitas de una revolución**

Pero, como decíamos arriba, los principales vientos de cambio de este nuevo tiempo han llegado, con los primeros días del año, desde las costas africanas. Túnez, el más pequeño de los países del Magreb africano, que desde Occidente se miraba con tranquilidad y benevolencia, entró en una espiral de transformaciones que, por sus características, no pueden considerarse sino como una revolución en marcha. En este proceso, Túnez ha sorprendido en dos direcciones: la fuerza inusitada del origen, una rebelión libertaria sin líderes ni ideología, espontánea y radical; y las incógnitas sobre las salidas de ese movimiento revolucionario. Unas sorpresas que pueden explicarse por la falla en los libretos a los que estamos habituados en este tipo de situaciones.

El primer libreto que resultó inadecuado fue el intento de la clase política tunecina de hacerse cargo de la transición. En un primer momento, tras la huída del ex presidente Zine al Abidine ben Ali, los dirigentes políticos que de alguna manera, más cerca o más lejos, más obedientemente o con pequeños detalles de disenso, habían acompañado el largo período de 23 años de Ben Ali al frente del sistema autocrático, consideraron que naturalmente deberían ser ellos (¿quiénes si no?) los encargados de gestionar la transición, mediante un gobierno denominado metafóricamente “de unidad nacional”, pero donde todos los resortes del poder seguían permaneciendo en sus manos. La movilización popular no permitió ese maquillaje superficial, y en 24 horas tumbó la mascarada. Y el segundo libreto que falla es el de las recetas de salida de la crisis política, de gobernabilidad y de representación. Cambiar el sistema de prohibiciones abriría la posibilidad de un saneamiento democrático, pero ¿hay seguridades de que ésa será la salida de la revolución?

Al decir que Occidente (ese eufemismo para referirse a Estados Unidos, la Unión Europea, y el Fondo Monetario Internacional, principalmente) miraba con confianza y tranquilidad al régimen de Zine al Abidine ben Ali, en realidad se quiere expresar que el pequeño país donde alguna vez se alzó Cartago, constituía el freno más claro contra la emergencia del radicalismo islámico en todo el Magreb, una consideración que aumentó enormemente su importancia a partir de 2001.

Túnez —o Tunicia, como le llaman en Europa— cubre apenas 165.000 kilómetros cuadrados, de los cuales la mitad está inserta en el desierto del



Sahara. En la otra mitad, verde y fértil, se asientan unos 11 millones de personas. Pero este territorio escueto y esta población mediana, más parecido a un Estado europeo que a los gigantes africanos que lo rodean (el infinito Egipto; Sudán más al sur; Libia, otro gigante; Argelia; Marruecos en la punta occidental magrebí), tiene algunas características diferenciadoras de sus grandes vecinos, que han llevado a que la mirada desde Washington o desde Bruselas haya sido complaciente. Una mirada, también hay que decirlo, que fue hábilmente aprovechada por la camarilla aglutinada en torno a Ben Ali para sumar apoyo internacional a su permanencia en el poder.

Esas diferencias vienen de la historia reciente de Túnez. Desde 1881, en el auge de la expansión colonial, las tierras gobernadas por los bey otomanos pasaron a ser protectorado francés, y París mantuvo la administración colonial hasta los albores del proceso emancipatorio africano; en 1956 concedió la independencia tras veinte años de reivindicaciones libertarias conducidas por Habib Bourguiba y el Partido Nueva Constitución (Néo-Destour, NDP). Al año siguiente se proclamaba la República Tunecina, con Bourguiba como presidente. El líder de la independencia reconstruyó la formación política del NDP en el Partido Socialista Destourien, y se mantuvo al frente del Ejecutivo durante 30 años. En los setenta, viró el énfasis socialista originario hacia un capitalismo de libre mercado, con misiones del FMI asesorando la política monetaria y claras invitaciones a la inversión extranjera.

La expansión del sector privado, el cambio de orientación económica, los nuevos grupos de presión cercanos al gobierno y la larga edad del viejo líder de la independencia, alentaron un golpe palaciego, y en 1987 Zine al Abidine ben Ali se hizo cargo de la presidencia. Ben Ali volvió a renombrar el partido, que ahora se llamaría Rassemblement Constitutionnel Démocratique (RCD), el gran aparato que la movilización de estos días alienta a quitar, como el polvo de las sandalias, en forma definitiva del poder.

O sea, desde la fundación del Estado ha habido continuidad de una élite muy concentrada y unida, ideológicamente primero, social y familiarmente luego. Esa élite garantizó algo: que los religiosos islamistas quedarían fuera del juego político. Y esa garantía constituyó una tranquilidad para Occidente.

Pero esta buena cartelera internacional, que Ben Ali ofrecía en sus continuos viajes a París o a Bruselas o a Washington, no tenía un correlato con la situación interna. Las largas décadas de ejercicio del poder por parte de un clan cerrado, generaron distancias abismales con el grueso de la población y una corrupción galopante. La familia de la primera dama, Lelia Trabelsi, se fue haciendo cargo paulatinamente de todos los resortes producti-



vos y financieros del país, mientras que las políticas de asistencia desaparecían, y las de promoción industrial y de redistribución sólo formaban parte del discurso y la propaganda gubernamental.

Una sociedad muy instruida y liberal, fruto de una historia imbuida de intercambios culturales y de comercio con el resto de los pueblos mediterráneos, y con una escolarización alta proveniente de aquel primer impulso socialista de los primeros años de la república, incubó una insatisfacción creciente contra un régimen que llevaba de la mano la paulatina reducción de las libertades con el aumento de control policial, ideológico y religioso de las grandes masas sociales. Además, la acumulación cleptocrática de todo el clan familiar de los Trabulsi contrastaba con el empobrecimiento de las clases medias y la falta de oportunidades: un 60 por ciento de los graduados universitarios están desempleados en Túnez.

Desde fines de 2010 la presión del huevo podrido comenzó a hacer insostenible la situación, y dos elementos se conjugaron para partir la cáscara: la inmolación de un joven ingeniero informático desempleado, Mohammed Buazizi, desesperado después de que la brutalidad policial le destruyera el carrito con el cual comercializaba frutas y verduras, a lo que lo había empujado el hambre; y la resistencia del Ejército a reprimir la escalada de protesta que siguió al sacrificio del chico.

“Estás acabado”, le dijo el comandante en jefe del Ejército a Ben Ali al presentarle la renuncia. Y éste entendió el mensaje. Leila mandó sacar una tonelada y media de oro de las arcas del Banco Central, y se subieron a un avión, que después de varios intentos fallidos (Francia, Italia, Qatar) terminó descendiendo en Arabia Saudita, donde siempre hay lugar para un poco más de oro y viejos amigos.

Ben Ali ejecutó, encarceló, prohibió, censuró y mandó al exilio a dirigentes opositores. Pero en este colectivo había dos tipos diferentes de enemigos: los demócratas (laicos, generalmente de partidos de izquierda), y los islamistas.

Luego, el gobierno presidido por Fued Mebaaza y capitaneado por Mohammed Ghannuchi, caminó por el filo de la navaja de una protesta social que se niega a abandonar las calles. Como quedó claro que el Ejército no reprimiría más, idearon una estrategia de concesiones en cascada: liberación de presos, llamado a elecciones en seis meses, vuelta de exiliados, legalización de partidos políticos, amnistía general. Pero todas estas acciones ha estado dirigidas solamente al primer tipo de los viejos enemigos: los políticos laicos. En un país con el 98 por ciento de población que se declara religiosamente musulmana, las agrupaciones islamistas permanecen prohibidas y proscriptas.



## Egipto y la hipótesis de la islamización

Pero los análisis en torno a la posibilidad de una reislamización del Norte de África, filtrada por las rendijas de las revueltas, se evaporaron al cuajar el movimiento democratizador en Egipto.

Octavio Paz, el poeta y el pensador de México, solía clasificar los alzamientos sociales en revueltas y revoluciones. Firmemente parado en la modernidad, Paz sostenía que las revoluciones sólo eran aquellos cambios violentos de sistema político, inspirados en los acontecimientos de la Francia de 1789, que buscaban la implementación de un gobierno republicano—liberal o socialista— y que se inspiraban en el grueso tallo del árbol intelectual y filosófico de Occidente.

Así, decía el poeta, en América latina hemos vivido sucesiones de revueltas, pero muy pocas revoluciones. Pero los grandes ensayos de Octavio Paz, como *El laberinto de la soledad*, *El ogro filantrópico* ó *Tiempo nublado*, donde desarrolla estas ideas con mucha extensión, son textos escritos antes de los años ochenta del siglo pasado, antes de que el muro de Berlín cayera y los particularismos culturales, que habían permanecido aplastados por las pesadas losas de un mundo bipolar, emergieran con una fuerza inusitada.

Entre los cambios de paradigmas que el mundo viene experimentando desde entonces, también los conceptos mediante los cuales intentamos aprehender la realidad social y política que nos circunda han tenido que flexibilizar sus bordes y sus límites, incorporar nuevos elementos y situaciones, y adecuarse a unos escenarios mucho más complejos y cambiantes, para mantener su capacidad analítica y explicativa. El concepto moderno de revolución ha sido, creo, uno de los más afectados por estas realidades emergentes. La revolución del presente ya tiene muy pocos elementos comunes con la Revolución Francesa, aquel modelo primigenio.

Egipto, también en este punto, ilumina las nuevas modalidades de transformación política. El alzamiento popular y espontáneo que vivió el gigante país africano tras la caída del gobierno tunecino, si bien quedaría fuera del tradicional concepto de revolución moderna, no podría calificarse de otra manera sin descuidar aristas vitales en el análisis. A su manera, el alzamiento egipcio ha sido una revolución con todas las letras. Y como toda revolución, su final todavía permanece abierto.

En ese frente incierto de tormenta, hay dos elementos que giran en torno al eje de salida de largo plazo de la crisis política. Algunos de estos elementos son de vieja data, que se arrastran desde el fondo más profundo de la cultura egipcia; otros elementos son novísimos, que han estado al mismo



tiempo entre los pasillos que permitieron que la revolución llegara hasta donde ha llegado, y que también constituyen uno de sus productos. Me refiero al substrato árabomusulmano del Islam político que permea una porción importante de la sociedad egipcia; y al rol del entramado comunicacional por internet y el súbito acceso de miles de egipcios —sobre todo jóvenes— a las redes sociales.

Entre estos dos elementos se ha movido, como las fichas de un juego de táctica y estrategia, los actores externos que juegan un rol neurálgico en el rumbo que finalmente adopte la salida de la revolución. Desde los intereses norteamericanos a los de la Liga Árabe; desde la vigencia del tratado de paz entre Egipto e Israel a las posturas de la diplomacia comunitaria europea; desde el fino cristal de la frontera terrestre con la franja de Gaza que comunica con toda la cuestión palestina; desde el “contagio” del entorno en el Magreb africano al paso petrolero por el Canal de Suez; desde las líneas telefónicas privilegiadas con las plutocracias petroleras del Golfo hasta las relaciones especiales con Turquía; desde la tradicional amistad de El Cairo con la casa reinante en Jordania hasta la fluida comunicación con la Siria de los Asad. Demasiadas fichas, todas vitales, moviéndose juntas por los mismos casilleros.

En el medio de ese delicadísimo equilibrio de poderes e intereses, el primer elemento que surgió con fuerza al analizar la revolución egipcia fue el supuesto riesgo de una deriva teocrática e islámica del alzamiento popular. Durante los primeros días, una posible salida “a la iraní” era la línea recurrente en los análisis internacionales, especialmente en la prensa estadounidense y, con mucho más énfasis, en las columnas de opinión de diarios israelíes.

Los Hermanos Musulmanes, la cofradía religiosa fundada en Egipto por Hassan el Banna en 1928, y dedicada fundamentalmente a la asistencia social a las capas más humildes de la población, tiene, sin duda, un alto predicamento en todo el cuerpo social de este inmenso país de ochenta millones de habitantes. En cálculos muy aproximados, se estima que un tercio de esta población podría adherir a posturas o a dirigentes avalados por los Hermanos Musulmanes, especialmente en una situación de tensión social.

Pero las argumentaciones que intentaban asociar a esta organización con Al Qaeda (que fue, por cierto, el discurso sostenido por el gobierno de Hosni Mubarak para mantenerla proscripta), o aquellas que la comparan con los sectores teocráticos que terminaron cooptando la revolución iraní de 1979 tras el derrocamiento del shah Mohammed Reza Pahlevi, han ido perdiendo fuerza con el transcurso de los días, a medida que se conocían detalles y los verdaderos alcances de la organización.



Los sectores islamistas del substrato cultural egipcio, lejos de la experiencia iraní, están comprometidos con una salida laica y republicana de la revolución. Su ámbito de actuación principal son las mezquitas y los hospitales, y han llegado inclusive hasta las organizaciones sindicales y profesionales de los sectores más deprimidos. Los islamistas egipcios no ocultan su vocación política, y tanto por su peso demográfico como por el alcance de su organización, no podrían estar ausentes de ninguna hipótesis de futuro de mediano plazo, pero la institución cercana de un Estado islámico no está presente en sus consideraciones de coyuntura.

El segundo elemento crítico en los escenarios de salida de la revolución es el que conforma el entramado comunicacional, con la confluencia de internet, los videos colgados en la red en tiempo real, las redes sociales, los teléfonos celulares y los canales de televisión.

La larga permanencia de las autocracias árabes se asentaron en varios pilares, uno de ellos fue, sin duda, la cerrazón frente al mundo, la baja o nula interacción (sólo limitada a una élite exclusiva y minoritaria) con otras realidades extra muros. La irrupción del mundo exterior le quita una de las columnas pétreas en que las tiranías del mundo árabe encontraban sustento desde los procesos de descolonización de mediados del siglo pasado.

Según explica el sociólogo Manuel Castells, este novísimo elemento irrumpe en las estructuras anquilosadas de las autocracias siguiendo una pauta común: un suceso extra-ordinario en la vida rutinaria (como fue el suicidio a lo bonzo del tunecino Mohammed Buazizi) despierta la indignación social, que viene sostenida y acallada por la represión policial desde tiempo atrás. Ese estado individual encuentra su réplica en otros, y desencadena manifestaciones grupales, que siguiendo el guión represivo clásico de las dictaduras, son desarticuladas por los cuerpos policiales.

Pero la novedad es que ahora esa represión se sube inmediatamente a la página de videos de YouTube en internet, y esas imágenes de la represión y los mensajes de protesta que la acompañan duplican espontáneamente la protesta. Luego, las imágenes captadas por los teléfonos móviles de los propios movilizados llegan hasta medios de comunicación que están fuera del área de control oficial (como ha sido el caso de la agencia qatari de televisión Al Jazeera), que retrasmite por los canales de la web a todo el mundo.

Cuando los usuarios de internet toman conocimiento de la movilización, los videos de la represión y los mensajes de protesta, se activan las redes sociales, los mensajes de texto, los *hashtags* de Twitter y los grupos de Facebook, y ese sistema de comunicación interactiva y en tiempo real ya no puede ser controlado por nadie. Sin cabezas visibles y sin centro, funciona con eficacia y burla cualquier censura.



En Egipto, inclusive cuando el régimen de Mubarak decidió cortar la cobertura de la telefonía celular y los accesos a internet, los cyberactivistas de todo el mundo se organizaron para ofrecer vías de acceso alternativas a los movilizadores de El Cairo. En los dieciocho días que duró la revuelta egipcia hasta la caída del dictador, el crecimiento de usuarios de redes sociales creció exponencialmente, día a día. Las comunicaciones soñadas para el futuro ya son las herramientas de la revolución del presente.

### **Europa y Occidente, entre la expectativa y el silencio**

El “tiempo africano”, en todo caso, ha encontrado a Occidente con el paso cambiado. La revuelta árabe no estaba en las agendas de este tiempo, y las formas de reaccionar frente a ella siguen siendo muy disímiles e irregulares.

En cuanto a Europa, desde los primeros momentos de generación del proceso de integración, en la segunda posguerra mundial, los “padres fundadores” pusieron muchos esfuerzos en que se notara que la nueva organización que estaban creando tendría, en las relaciones entre los socios y entre éstos y los demás países, un basamento diferente al de la cosmovisión realista de las relaciones internacionales. El realismo, aquella escuela de teoría política que venía dando sustento a la política internacional desde la creación de los Estados Nacionales, con su lógica de poder y del interés supremo del Estado, tenía mucho que ver, decían los patriarcas europeos, con las debacles bélicas en que había terminado hundiéndose el siglo XX. Frente a aquellos teóricos “duros” del realismo, la nueva elite, acompañada con lecturas neofuncionalistas de pensadores como Ernst Haas y León Lindberg, propusieron un quiebre: en lugar de competencia, cooperación. El lugar de guerra, comercio. En vez de desangrarse tratando de dominar al vecino, proponer estructuras supranacionales con intereses que superen los límites —a veces tan estrechos— del puro interés nacional.

Así, los gestores de las Comunidades Europeas generaron la *buena vecindad*. Cuando cayó el Muro de Berlín, este concepto facilitó la incorporación de toda la Europa del Este al seno del proceso de integración. Otras latitudes, como el territorio latinoamericano, también por la misma concepción de la política internacional recibieron un trato privilegiado, tanto por la cooperación económica como por los foros de encuentro al máximo nivel, especialmente por parte de la corona española, la vieja metrópoli.

Sin embargo, este programa político parece haber fracasado estrepitosamente respecto del primer cordón de vecindad, la tierra “otra” más próxima



al Viejo Continente: la costa sur del mar Mediterráneo, la línea de Estados que conforman el Magreb africano y el Oriente Medio. Durante los cincuenta largos años que los europeos vienen amasando la integración continental, la cercanía de esos vecinos moros ó negros, árabes, musulmanes, pobres, subdesarrollados, con estructuras sociales y políticas desarticuladas por los procesos coloniales que los europeos mismos habían protagonizado, les causaron siempre un problema de difícil solución. Un problema en el cual las teorías neofuncionalistas en boga, y el substrato idealista que exportaban al resto del mundo como *poder blando*, como ejemplo a imitar, se quebraba una y otra vez los dientes.

Felipe González, el ex presidente socialista del gobierno español, fue uno de los pocos que intentó seriamente tomar el toro por las astas. En 1995 auspició el Proceso de Barcelona, un proyecto geopolítico lanzado en la capital catalana con ocasión de la Cumbre Euromediterránea, que intentó sentar en la misma mesa a los líderes europeos, los del Magreb y los de Medio Oriente, en torno al desarrollo económico, la democracia, y la universalización del respeto por los derechos humanos. Pero tras el lanzamiento, pasaron años sin que se avanzara nada. En una fecha tan cercana como 2008, Nicolás Sarkozy, en su turno al frente del Consejo Europeo, relanza la iniciativa, ahora denominada Unión por el Mediterráneo: 43 países, más de 756 millones de ciudadanos, todos los Estados miembros de la Unión Europea, todo el Magreb, muchos de los árabes de Oriente Próximo, Turquía, Israel... y no pasó nada. Los europeos, tan imaginativos para crear fórmulas novedosas de intervención política, seguían sin saber qué hacer con los vecinos de la costa pobre del *mare nostrum*.

Por eso, cuando llegó la revuelta tunecina que tumbó a Zine el Abidine ben Ali, y contagió a las movilizaciones egipcias que acorralaron al hasta entonces estable y confiable régimen del "rais" Hosni Mubarak, la Unión Europea se encontró atónita, sin saber qué hacer ni qué partido tomar. Una de las experiencias políticas más interesantes de nuestros días le explotaba a pocas millas de sus costas meridionales, y las cancillerías no tenían un sólo libreto creíble para intervenir. Desde el estallido de la protesta en Túnez hasta la primera declaración de lady Catherine Ashton, la alta representante europea para la política exterior, pasó una semana entera de confusión y de silencio.

Las teorías neofuncionalistas, en todo caso, ya lo habían advertido: la plataforma idealista operaría en tanto y en cuanto el compromiso de las elites con la integración y la buena vecindad fuera asumido como compromiso, o sea, por las personas que en ese momento tuvieran que ejercer el rol de dirigente. Durante los años que Javier Solana tuvo a su cargo la política exterior de la UE, no dejó foro sin intervenir ni espacio sin ocupar. Pero una



cosa es Solana, y otra cosa es Ashton, una figura de segunda línea, sin experiencia en la gestión internacional, y que accedió al cargo porque en la repartija entre los Estados ese puesto le correspondía a Gran Bretaña, a los laboristas, y a una mujer.

Pero lady Ashton apenas si tiene preparada una esquelita, siempre con el mismo mensaje, en el que cambia el nombre del destinatario y la hace pública tarde y mal. Así, cuando la protesta ya incendiaba los cimientos del régimen de Mubarak, Ashton decidió sacar su esquelita, en la que manifestaba, como casi siempre, su “interés y preocupación” por la revolución que estallaba en África del Norte, al tiempo que repetía su “petición a las partes de actuar con control y calma”, cuando ya hasta Naciones Unidas admitía que los muertos por la represión sumaban centenas.

Mientras la Alta Representante mostraba, con la blandura y pusilanimidad de su esquelita la realidad de que la propia Unión Europea no tenía postura ninguna, la por entonces ministra de Exteriores de Nicolás Sarkozy, Michèle Alliot-Marie, ofrecía a Ben Ali enviarle más material antidisturbios 48 horas antes de que el autócrata huyese del país, mostrando la verdadera cara: ningún gobierno europeo miraba realmente con simpatía la revuelta en el Magreb.

Europa tiene muchas más razones que los Estados Unidos para tomar en cuenta a sus vecinos del sur. No sólo por proximidad geográfica, sino también por ancianas deudas históricas, por relaciones culturales, por intercambio demográfico. Sin embargo, aunque al gobierno de Barack Obama también la protesta lo encontró un tanto descolocado, la reacción del Departamento de Estado fue rápida, y la decisión de acompañar las protestas se tomó en cuestión de horas: Jeffrey Feltman, el secretario de Estado adjunto para Oriente Próximo, fue el primer diplomático extranjero que viajó a Túnez tras el derrocamiento de Ben Ali.

El proceso de transformaciones iniciado en los países árabes del Magreb no tiene retorno, y terminará impactando, más temprano que tarde, toda la arquitectura regional, fija desde la descolonización mediante la imposición de gobiernos autocráticos que reprimieran los alzamientos populares (y, entre ellos, supuestamente también los del fundamentalismo islámico) y aseguraran la provisión de petróleo y gas. Ese esquema ya es historia.

A pesar de todos los intentos de los “padres fundadores” de la Unión Europea, de mostrar una imagen alternativa de hacer política internacional basada en la cooperación y el respeto, en la integración y la buena vecindad en lugar de la pura y dura lógica del poder, los hombres y las mujeres –éstas cada vez más visibles y participativas- de los países africanos y árabes de las cercanías miran con escepticismo a la “vieja” Europa (como desprecia-



tivamente la denominaba Donald Rumsfeld, el ministro de Defensa de George W. Bush durante la invasión a Irak).

Las sociedades y los gobiernos europeos, a pesar de su énfasis en la democracia y los derechos humanos, han preferido durante las últimas décadas apoyar el *statu quo* de las autocracias en el Magreb, como garantía de estabilidad y seguridad regional. Con esta postura, se alejaron de los ciudadanos concretos de esos países, apostando por sus intereses nacionales internos, en la más cruda tradición realista.

Si en esta ocasión vuelven a perder la oportunidad histórica, y a través de silencios y medias palabras inocuas no se ubican claramente del lado de un pueblo que reclama su derecho a la libertad y a la democracia, que no se sorprendan luego si otras opciones, como la del radicalismo fundamentalista, va a llamar a sus puertas.

Para comprender estos y otros temas, desde nuestra revista difundimos algunos modelos y ensayos que, desde la ciencia política y las relaciones internacionales, muestran algunos puntos del estado de creación y de discusión de la disciplina en estos momentos.

Este número, que como decíamos al inicio se presenta a caballo entre los años 2010 y 2011, se abre con el artículo del profesor Alejandro Groppo, *Discurso Político e Instituciones. Un estudio bi-dimensional sobre la emergencia del peronismo en Córdoba*. En él, Groppo, docente de nuestra Casa e investigador asistente del CONICET, investiga la matriz institucional y discursiva que desarrolla el peronismo en la provincia de Córdoba, durante su emergencia en la década de los años cuarenta. A nivel empírico se estudian dos formaciones institucionales, los Tribunales de Trabajo y las Jefaturas Políticas Departamentales. El trabajo intenta presentar como posibles un modo de articulación entre las dimensiones institucional y discursiva del fenómeno político; para lo cual bucea en los modos en que la dimensión institucional y discursiva se interrelacionen de una manera específica.

A continuación, Mercedes Kerz propone el escrito *El problema del reconocimiento de la diferencia en la relación Estado, democracia y ciudadanía*. Aquí, Kerz —también investigadora del CONICET— afirma que los análisis sobre Estado, democracia y ciudadanía coinciden en considerarlos fenómenos políticos modernos, y que los teóricos sociales, compartiendo en su gran mayoría esta aseveración, localizan el inicio del estudio de estos procesos alrededor de los siglos XVII y XVIII en el espacio correspondiente al cuadrante noroccidental europeo. Al siglo XIX en adelante le corresponde la reflexión acerca de la universalización del Estado, la democracia y la ciudadanía, de modo que ya a fines del siglo XX se los evalúa como fenó-



menos a escala planetaria. Frente a ello, Kerz pretende presentar algunos lineamientos sobre las cuestiones que en una democracia surgen como resultados de la tensión entre la demanda de aceptación de las pluralidades y el reconocimiento de las diferencias. Sobre ello, la autora va a defender en el artículo que las exigencias de aceptación de las pluralidades ocasionan menos problemas a una democracia que los resultantes de las exigencias de reconocimiento de las diferencias.

Luego, Pablo Ch. Aparicio, Investigador Posdoctoral en el Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de Salamanca (España), propone el artículo *Jóvenes y el desafío de vivir en contextos de desigualdad y diversidad. Crisis de las oportunidades de participación educativa y laboral en América Latina*, donde sostiene que el acceso a la educación y la participación en el mercado de trabajo se erigen como dos axiomas fundamentales que condicionan los procesos de integración social plena de las nuevas generaciones en el contexto latinoamericano. Pese a la introducción de reformas estructurales en el ámbito político e institucional acometido en los últimos quince años, y a los actuales esfuerzos invertidos por los Estados en el campo educativo y de formación laboral, se evidencian profundas insuficiencias y debilidades al momento de atender adecuadamente las demandas heterogéneas de los grupos juveniles. De igual modo, dice Aparicio, estas propuestas de acompañamiento de las transiciones de los jóvenes hacia el mercado de trabajo y la vida adulta adolecen de una falta de articulación con las características del contexto socio histórico, económico y laboral. El artículo indaga, en este sentido, sobre la búsqueda de respuestas efectivas frente al desempleo y a la desigualdad social entre los jóvenes, que sigue presentándose como uno de los desafíos más imperantes a resolver.

A continuación, Guillermo Boscán presenta los resultados de su investigación sobre *Simulaciones Computacionales: La experimentación virtual en las ciencias sociales*. Boscán, profesor de las escuelas de Ciencias Políticas y Derecho de la Universidad Rafael Urdaneta, de Venezuela, sostiene que a medida que avanza la tecnología, surgen nuevas herramientas metodológicas para el desarrollo de mejores investigaciones a nivel social. Las simulaciones computacionales constituyen un reflejo de esta afirmación. Dadas sus características, estos modelos formales abren la puerta a la experimentación virtual en las ciencias sociales, experimentación que nace de la posibilidad que tiene el investigador de someter el modelo en estudio a estímulos deliberados para observar su comportamiento, pero que es virtual, puesto que dicha intervención se lleva a cabo sobre el modelo y no sobre la propia realidad. Esta posibilidad determina que los principales usos de las simulaciones en la investigación social estén fundados tanto en su alta ca-



pacidad predictiva como de representación. Ello constituye un importante avance frente al resto de los modelos formales donde la relación entre dichos aspectos es inversamente proporcional, cualidad que los hace especialmente útiles en el estudio de procesos caracterizados por altos grados de complejidad.

Finalmente, Álvaro Martos, alumno avanzado de nuestra licenciatura en Ciencia Política, nos acerca el artículo *¿Un Movimiento Social para muchos movimientos sociales? Herramientas de lucha y articulación: El caso del Frente Popular Darío Santillán*. Aquí, Martos propone abordar la conformación y configuración del *Frente Popular Darío Santillán* como espacio de articulación y síntesis política de distintos movimientos sociales argentinos luego de la crisis que afectó al país en el año 2001. A partir del análisis de sus principios, estructura organizacional y relación con el Gobierno actual, el autor intenta rescatar los aspectos que dotan a este movimiento político y social de lo que, entiende, es una particular originalidad, como así también señalar sus debilidades y desafíos en función del contexto socio-político que lo atraviesa. La descripción del caso seleccionado le permite a Martos, en función de la trayectoria y envergadura de la organización del Frente Darío Santillán, obtener una singular referencia acerca del estado y las tendencias de la organización de las luchas populares en Argentina.

El volumen se cierra con interesantes reseñas preparadas por Gustavo Morllo, Candela de la Vega, Juliana Hernández y Sergio Job.